

Miguel Angel Andreetto

Dos cuentos
de Ambrosetti

No solamente en el trazado de la historia de las investigaciones paleontológicas argentinas deben merecer lugar distinguido, espectable, el nombre y la fecunda producción de Juan Bautista Ambrosetti (1865-1917), el entrerriano alumno de don Florentino Ameghino. También lo reclaman para sí las letras del país; aunque esa su afición —a veces queremos creer que constituye un pasatiempo al cabo de su intensa faena científica— resulta todavía para muchos críticos una faceta poco menos que desconocida. Lo demuestran páginas clásicas de la literatura regional como sus *Supersticiones y leyendas* y trozos antológicos como *La caza de las vicuñas*. Además, nos consta por fuente de su señora esposa doña María Elena Holmberg, emparentada al célebre naturalista y colaborador de la inolvidable revista metropolitana *Caras y Caretas* y aún sobreviviente en el barrio San Antonio de la ciudad de Gualeguay (Entre Ríos), que escribía casi diariamente. Hasta tal punto se dedicaba a ello, que no sería exagerado admitir que cada episodio, cada detalle, cada pormenor —en fin— de su vida abnegada y de constante estudio se encuentre muy bien documentada en páginas de arquitectura sencilla pero no por eso carentes de elegancia y espontaneidad, a juzgar por la forma que revis-

ten sus incursiones en el campo de la literatura de tipo imaginativo.

Su prosa es en este caso —y como siempre— fresca, lozana, desenvuelta, desembarazada de todo inútil rebuscamiento o del párrafo soporífero; por tal razón, no corre nunca el peligro de incurrir en el acartonado academicismo ni en la censurable atmósfera de la autosuficiencia, que suele ser el clima de numerosos escritores de su época. No nos corresponde originalmente a nosotros la referida aseveración —formulada por don Eduardo María Suárez Danero— pero sí asumimos la singular responsabilidad de compartirla. En efecto, ya en el 1893 en *Viaje de un matorrango*, tímidamente suscripto por Ambrosetti con el seudónimo de *Tomás Bathata*, habíase revelado como prosista ingenioso y dueño de fino humorismo rayano en la sutileza; en suma, como artífice de una forma natural, corriente, cualidades que debieron impulsarle, presumimos, a acometer de continuo la empresa.

Fue el cuento su género dilecto; y en 1900 nos ofrece ya la primera muestra de tal preferencia. Ocurrió en la publicación denominada *El Almanaque*, de Ignacio Orzali, pieza de excepcional valor bibliográfico y difícil de hallar hasta en los negocios del ramo de antigüedades, donde apareció uno de sus "cuentos

PAPEL IMPRESO

de tierra adentro": *Timoteio*. El éxito de este ensayo inicial no le resultó esquivo e insistió en la tentativa; tanto es así, que en *Caras y Caretas* del 28 de noviembre de 1903 se incluyó *Un acontecimiento en Cotópolis*, firmado con otro seudónimo: *Fray Tetera*. Del origen de tal apelativo literario —como del anterior— nada sabemos; por su parte, Luis Emilio Soto, en su trabajo acerca del cuento, inserto en el tomo IV de la *Historia de la literatura Argentina* de Rafael Alberto Arrieta, sólo se limita a mencionarlo, sin comentario sobre el asunto: "Recorriendo las viejas colecciones de *Caras y Caretas* de comienzos del siglo reaparecen los nombres de *Fray Mocho*, Papró, Grandmontagne, Gerchunoff, *Fray Tetera* y otros autores de relatos breves". En tan sólo una página con su respectiva ilustración, realiza Ambrosetti una aguda sátira, no sin cierto dejo pintoresco; adquiere tal vigor la ironía propia de sus cuadros —en los cuales, empero, no se registran estudios psicológicos— que a veces nos parece hallarnos ante una nueva lectura del *Corbacho* del arcipreste de Talavera, perfilada por alguna que otra reminiscencia del paisaje, la vida, las cortumbres y las supersticiones de la región calchaquí:

"La Gualbertita se lo estiraba (al bocio) para que se le alargase, la Nicodema, se lo ensanchaba, la Dolorcita se lo planchaba, la Sofonisba se lo untaba con grasa de comadreja macho y por fin la Candelaria poseía un secreto para hermostrarlo que suponían comprado a un colla, cruel mistura hecha con buche de suri e inocentes corazones de chalchalleros".

Posteriormente, en la edición del 13 de agosto de 1904 del citado semanario publicó *El hilo se corta por lo más delgado*. En este otro "cuento de tierra adentro" cuya extensión comprende, también,

una página, explota *Fray Tetera* el tema de las elecciones o, mejor todavía, el del auge de la política menuda, el arte minúsculo del vecindario, que por lo general deriva en lo que conocemos como baja politiquería. El escenario del relato puede ubicarse en cualquiera de las provincias argentinas. Ninguno de sus protagonistas, en efecto, ofrece características caracterológicas de tal o cual región del país. Mas podemos agregar: cada uno constituye algo así como el meridiano de la psicología conjunta, un término medio humano, por así decirlo, que no define ni individualiza al personaje y puede darse entre los habituales parroquianos del boliche o del modesto bar del villorrio. Son, en cierto modo, ejemplares del complejo y heterogéneo aluvión del folklore electoral, que se habían dado en algunos sabrosos coloquios de José Seferino Alvarez (*Fray Mocho*) y habrán de reactualizar después Roberto Jorge Payró, Miguel Angel Correa (*Mateo Booz*), Alcides Greca y Luis Gudiño Kramer en esos magníficos bocetos provincianos de sus libros. Leamos, si no, el párrafo en donde se anuda el desenlace y se manifiesta en perfecta claridad el proverbial acomodo criollo post-eleccionario de sectores que antes habían procurado exterminarse entre sí, sin poner reparos en los medios y con tal de concretar sus propósitos: *En la intendencia la consternación era mayor; Pastrana no era persona grata; en otras partes había arreglado de manera salomónica nombrando un tercero; los mirones, víctimas de siempre y que la habían creído segura con don Fausto, como amigo del gobernador, empezaron a sudar frío, revolviéndose los sesos para adivinar el candidato probable para arrimársele con tiempo y calentarse con el nuevo sol y que el elegido entonces empalidecía.*

Pastrana llegó, y después de haber explotado con habilidad suma a don Peo-gracias y a don Fausto, decidió imparcialmente apoyar al opulento hacendado don Fulgencio, gauchón ladino quien desconfiándole al doctor, le ofreció cuanto quiso, pero a pagar después. Don Fulgencio triunfó desde su estancia, con gran estupefacción de todos y cada uno; los periódicos elevaron un himno de alabanzas al distinguido e ilustrado ciudadano que sacrificaba su bienestar e intereses en aras a la comunidad, y los enemigos de ayer encontrados bajo el cielo raso de arpillera pintada, como decoración de teatro, de su gran sala, empezaron a sonreírse y se apresuraron a

darse la mano, y hasta las señoras por asistir a sus bailes y no ser menos, repiqueteaban besotes y abrazos, olvidados ya de los alfilerazos de la víspera.

Digno final de una pintura de permanente actualidad en la vida argentina y que permite adjudicar a Juan Bautista Ambrosetti un plano primerísimo en la historia de la cuentística nacional, en cuyo proceso solamente ha sido nombrado en el párrafo ya aludido del estudio realizado por Luis Emilio Soto. Urgen, entonces, la imprescindible exhumación de su obra para poder discernir justicia con toda imparcialidad e incorporar un nombre de lustre indiscutible a la literatura nuestra.